

## ***América Latina ¿Integración y Centralismo?***

*Dr. José María Muriá*

*Director de El Colegio de Jalisco*

**H**ace años que en América Latina domina un peculiar nacionalismo de tal intensidad que, con excesiva frecuencia, deriva en desagradables actitudes de menosprecio por todo lo que se da más allá de las fronteras de cada país.

Han sido muchas las décadas en las que los intereses de estos países parecen estar en eterno conflicto y a punto de ventilar sus diferencias recurriendo a drásticos procederes. Resulta inútil hacer una completa enumeración de todas las confrontaciones bélicas internas que ha tenido América Latina entre sí, a lo largo de siglo y medio de vida independiente; sólo a manera de ejemplo vale la pena recordar unas cuantas.

Entre 1865 y 1870 Brasil, Argentina y Uruguay —La Triple Alianza— emprendieron una guerra casi de exterminio en contra de Paraguay. Francisco Solano López, el presidente guaraní, decidió defenderse a palmo, dando como resultado el aniquilamiento de casi toda su población masculina, incluyendo al mismo presidente, que murió como un animal acorralado, dando golpes a los soldados brasileños que trataban de apresarlos en el Cerro de Corá. Los



U.R.

beneficios que obtuvieron los gloriosos triunfadores de tan cruenta campaña fueron unos cuantos dineros y una mísera porción territorial.

Por otro lado, a lo largo del siglo XIX, Chile derrotó en dos ocasiones a Bolivia y a Perú juntos, en las llamadas Guerras del Pacífico (1836-1839 y 1879-1884). La primera de ellas produjo la disolución de la Confederación Peruanoboliviana, que había logrado establecer Andrés de Santacruz en octubre de 1836. La segunda tuvo consecuencias más sensibles. Chile dejó a Bolivia sin salida al mar y arrebató al Perú los territorios de Tarapacá, Tacna y Arica.

Brasil, por su parte, además de la ya mencionada intervención en el Paraguay, a lo largo de todo el siglo XIX, de una u otra forma, aumentó su territorio a costillas de Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela; ampliaciones geográficas que a la fecha le han servido casi de nada.

También puede recordarse la Guerra de Chaco (1935-1939) que tanto afectó a Paraguay y Bolivia, y el sainete centroamericano que conocemos como la Guerra del Fútbol, afortunadamente, motivo de unánime preocupación y repudio por el resto de Latinoamérica.

Salvo en algunas ocasiones, casi podría afirmarse que, desde poco después de la Batalla de Ayacucho, en 1824, cuando se puso fin a la dominación española en la masa continental americana, se ha vivido en eterna discordancia y el tema de la unidad ha interesado, en verdad, a muy pocos.

Hablar de intentos de integración política es, pues, algo que se reduce a escasos momentos. Evidentemente a lo largo de esos 150 años de vida independiente han

surgido ocasionalmente preocupaciones en este sentido, pero la mayor parte de las veces lo han hecho de una manera aislada y con escuálidas repercusiones. Sin embargo, podría decirse que en tres ocasiones diferentes la vocación de la unidad latinoamericana, ha encontrado cierto eco y ha sido considerada con mayor interés.

---

**Hablar de intentos de integración política es, pues, algo que se reduce a escasos momentos.**

---

La primera de ellas, claro está, podría simbolizarse con el propio Simón Bolívar, aunque es evidente que no es el único que en su tiempo estaba conforme con esa preocupación. En México, por caso, el mismo propósito, aunque no tan extensa ni debidamente planteado, se insinúa en la documentación de los albores de la insurgencia, cuando se trataba de mantener las cosas tal y como estaban, aunque sin la participación de España. Pero en honor a la verdad, hay que reconocer que esta actitud "unionista" de los primeros tiempos es también un producto de la ausencia de un antecedente cercano que sugiriera la posibilidad de una multidivisión, como la que sobrevino después. De hecho, en sentido estricto, no se puede hablar en este momento de una actitud integradora, ya que Latinoamérica aún no se había desintegrado. De todas formas, hay que tomar en consideración que la supuesta unidad y armonía que, se dice, existió en el continente durante la Colonia era más aparente que real, puesto que casi la totalidad de las relaciones entre los diferentes parajes se establecieron a través de los puertos españoles.

Ya para finalizar el siglo XIX y durante las primeras décadas del XX resurge la intención de referencia, aunque planteada siempre sobre bases exclusivamente ideológicas y emotivas, haciendo caso omiso de las necesidades económicas del momento, y muchas veces, como en el caso de José Vasconcelos, bajo la inspiración de una ideología retardataria e inoperante después de tantos años de vida nacional, en la que cada país había sido el receptáculo de múltiples y diversas influencias. Se trataba de una unificación latinoamericana con base en una hispanidad que implicaba, en cierta medida, el restablecimiento de las formas de vida coloniales y el refugiarse bajo el ala protectora de la Madre Patria.

Poco le faltó a Vasconcelos para proponer abiertamente la vuelta al sistema colonial y que todos los mexicanos marcharan a España a solicitar encarecidamente ser insuperados de nuevo en ese flamante "imperio". Una vocación hispanoamericanista, sí, pero francamente reaccionaria.

Con razón surgió en ese tiempo, como una reacción natural a esta actitud, el indigenismo furibundo, que se encargaría de hacerle contrapeso. Tal vez se hizo necesario fortalecer, fuera como fuera, el nacionalismo interior, aun cuando se tuviera que exaltar demasiado a los vestigios prehispánicos en función de su calidad diferenciadora.

El tercer momento se vive desde los años setenta, cuando creció aceleradamente la noción de "latinoamericanidad" entre la juventud, tanto entre grupos revolucionarios como entre los nuevos que se incorporaron entonces a los cuadros gubernamentales.

Una vez consumada la independencia política, en 1824, el latinoamericanismo empezó a sentir la inminente necesidad de algo más e inge-

nuamente, se empezó a hablar de obtener a cualquier precio la independencia cultural. En este sentido, insistieron muchos talentos como Victorino Lastarria, Esteban Echeverría, Andrés Bello, José María Luis Mora, etc. Sin embargo, nadie se preocupó por planteamientos económicos, en tanto que el expansivo capital norteamericano penetraba por todas partes.

El imperialismo francés, de viejo cuño, tuvo que fracasar porque, como lo señaló muy bien Edmundo O'Gorman, el pueblo mexicano no estaba ya en condiciones de resistir la presencia física del invasor.

Eso lo habían entendido muy bien los Estados Unidos, como se pudo notar en 1848, después de los tratados de Guadalupe Hidalgo; una vez conseguidos sus propósitos, se retiraron inmediatamente del país vencido.

Así lo han hecho la mayor parte de las veces en que han intervenido militarmente en algún lugar del continente. Pero ello no quiere decir que quiten el dedo del renglón; cuando su presencia física ya no se hace necesaria, es precisamente porque ya se ha recuperado el control.

Se ha señalado ya que la tendencia hispanoamericanista de la primera mitad del siglo XIX correspondía, más que nada, al anhelo de un amplio grupo de criollos, y consistía en prescindir de los españoles para ocupar ellos su lugar preeminente, dejando todo lo demás en su estado original.

Hidalgo y Costilla, para poner un ejemplo cercano, se autonombró "Generalísimo de América" y José María Mercado, aparte de referirse al Cura de Dolores como el "Virrey de la América", se hizo llamar él mismo "Comandante de las armas americanas en el poniente".

Asimismo, aquella Junta que conocemos con el nombre de Zitácuaro, de clara inspiración hidalguista, en realidad se llamaba **Junta Nacional Americana**.

No fue hasta el apogeo de la campaña de Morelos cuando la tendencia unionista empezó a declinar. Recuérdese que el verdadero título de la Constitución, llamada de Apatzingán (1814), fue **Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana**. Del mismo modo, el célebre Plan firmado en Iguala, lo que propone es la independencia de la "América Septentrional".

En Bolívar, por el contrario, la vocación por la unión parece ascender cuando en México está decayendo. El 13 de junio de 1813, lanzó desde Trujillo su precipitado e iracundo **Decreto Guerra a Muerte**, que termina con estas palabras:

Espanoles y Canarios: contad con la muerte, aún siendo indiferentes, sino obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos: contad con la vida, aún cuando seáis culpables.

Dos años después, en 1815, veremos al libertador más mesurado y profundamente analítico en su famosa **Carta de Jamaica**, que concibe a la América española dividida en grandes regiones que deberán pugnar para unirse una vez consumada la expulsión de los españoles.

La América —dice— está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones; aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares, y combatida por la España que posee más elementos para la guerra que cuanto nosotros furtivamente podemos adquirir.

Con mayor emotividad expresa la misma tendencia al Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Juan Martín de Pueyrredón, en carta del mes de junio de 1818:

Una sola debe ser la patria para todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad.

Excelentísimo señor: cuando el triunfo de las armas de Venezuela nos permita comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar, por nuestra parte, el pacto americano que, formado por todas nuestras repúblicas y un cuerpo político, presente la América al mundo con aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así, unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas.

Yo espero que el Río de la Plata, con su poderoso influjo, coopere eficazmente a la perfección del edificio político a que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regeneración.

En 1824, apenas unas semanas después de la victoria de Ayacucho, encontramos a Bolívar promoviendo con la misma finalidad el célebre Congreso de Panamá, que va a culminar en un rotundo fracaso.

Viene el desaliento ante la imposibilidad de la magna empresa y

dos años después, escribe dolorido a Páez:

En el día no tengo más mira que servir a Venezuela; demasiado he servido a la América; ya es tiempo de dedicar a Caracas todo mi conato, toda mi solicitud...

Por fin, su última proclama, apenas siete días antes de morir, se dirige solamente a los "colombianos" (a los habitantes de la Gran Colombia) y la única unión que le parece importante en ese momento es la de esa entidad política que después se desmembraría en Venezuela, Colombia y Ecuador.

Sin embargo, el ideal bolivariano no feneció totalmente ahí; un artículo de Bernardo Monteagudo, publicado en Lima, bajo la clara inspiración del prócer caraqueño (enero de 1825) pocos días antes del asesinato de su autor, sugerirá el tema de la famosa Memoria que el argentino Juan Bautista Alberdi presentaría para obtener el grado de Licenciado en Derecho en la Universidad de Santiago de Chile, en 1844.

El artículo de Monteagudo se titulaba Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos y la tesis de Alberdi Conveniencia y Objeto de un Congreso General Americano.

En el primero de ellos, la idea que domina es la de una Confederación, un concepto de unidad menos intenso que lo pretendido por Bolívar, antes de 1824; pero aún es menor cuando en 1844, Alberdi propuso la creación de un simple Congreso permanente que coordinara las actividades de los respectivos gobiernos establecidos.



Con algunas excepciones, la actitud hispanoamericanista estaba destinada a desaparecer por un tiempo de la faz continental. Sin embargo, poco antes de finalizar la centuria, una débil voz que se fue haciendo progresivamente más audible volvió a pugnar por la vieja idea, pero bajo una inspiración más nueva.

Roque Sáenz Peña, fallecido mientras ocupaba la presidencia argentina, esbozaba su posición cuando se presentó en calidad de Ministro de Relaciones Exteriores de su país, ante la Conferencia Panamericana, celebrada en Washington en 1889. El trabajo leído, *América ante la humanidad*, era un ataque a la Doctrina Monroe, que el continente entero había tenido en alta estima hasta entonces; en él se encerraba un profundo deseo de unión entre todos los países al sur del río Bravo.

Bajo la misma técnica latinoamericanista y antiyanqui, desde el periódico del Partido Liberal Mexicano, el apóstol cubano José Martí, proclamaría la misma posición con su agresivo artículo *Nuestra América*.

La identificación de la América Latina surgía en contraposición con el *american way of life* su actitud imperialista, tal y como lo desarrollaría José Enrique Rodó en su famosísimo *Ariel*, aparecido en el año 1900.

Pero la crítica más hiriente y bien fundamentada que se le haría al gobierno norteamericano en esa época, le estaba reservada a José Ingenieros, cuando en 1922 ofreció un banquete de los intelectuales argentinos al mexicano José Vasconcelos.

Ingenieros sigue tres pasos:

1.- Alabar a la Revolución Mexicana, como movimiento reivindicatorio de

los derechos latinoamericanistas, lo que debió sentar muy mal al home-najeado...

2.- Desacreditar al panamericanismo, exhibiéndolo como doctrina de explotación y dominio, y no de protección.

3.- Pugnar por la Unión Latinoamericana.

Tres años después, el propio Ingenieros iba a establecer los propósitos de la Sociedad cuyo nombre sería precisamente Unión Latinoamericana. Sin embargo, a pesar de haber alcanzado un cierto auge durante los primeros tiempos de su existencia, esta organización se fue derritiendo paulatinamente.

No falta quien haya reconocido en esa actitud argentina un anhelo, también imperialista, de reemplazar a los Estados Unidos en el control de América Latina...

Desafortunadamente, autores como Vasconcelos, ayudaron a desprestigiar la idea, tanto con su españolismo galopante como su antiyanquismo plagado de adjetivos, pero hueco en argumentos y demostraciones sólidas, que en nada favorecían el antiyanquismo equilibrado y bien sostenido que pregonaban pensadores como Rodó, Sáenz, Peña, Ingenieros y el mismo José Martí.

Sin embargo, no faltó quien se encargara de mantener latente la frente: los peruanos Mariátegui y Haya de la Torre en sus comienzos, nuestro Lombardo Toledano en su primera época y, sobre todo, ese lince de la política internacional a quien no le hemos brindado todavía justo reconocimiento: Isidro Favela.

En dos magníficos ensayos el ilustre jurista mexicano esboza su posición en ese sentido: uno *Pana-*



mericanismo igual a Conquista, y el otro Hispanoamericanismo contra Panamericanismo, cuyos títulos hablan por sí solos. También vale la pena mencionar aquí el discurso con que Lázaro Cárdenas inauguró la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, celebrada en la ciudad de México, en marzo de 1961.

Si para el estudioso del pasado el hispanoamericanismo puede simbolizarse con una sola palabra, Bolívar, para la juventud de los años sesenta se reduce a una sola sílaba: Che.

Efectivamente, cinco meses después del discurso de Cárdenas en México, en el balneario uruguayo de Punta del Este, el doctor Ernesto

Guevara de la Serna, nacido en la ciudad argentina de Rosario, partícipe importantísimo de la entonces reciente Revolución Cubana, sacudía al continente entero al responder ante una rueda de prensa con viveza y energía habitual:

En cuanto a mi concepto de patria estoy seguro que es más grande y más digno que el suyo porque mi patria es América Latina.

Era la contestación categórica a la interrogante de un periodista de Montevideo que cubría aquella reunión de la O.E.A., en el sentido de que si pensaba o no "algún día regresar a su ex-patria".

Después de su muerte, ocurrida en octubre de 1967 el Che Guevara fue adquiriendo con rapidez ver-

tiginosa visos de leyenda y se convirtió casi inmediatamente en un símbolo de la rebeldía para la juventud politizada de todo el mundo, mientras que para el latinoamericano pasó a representar, además, el símbolo de la unión de nuestros países en un mundo socioeconómico diferente.

De cualquier manera es muy probable que las mejores páginas de esta vocación latinoamericanista estén aún por escribirse. Lo cierto es

que las expresiones que se están adoptando son lo suficientemente ricas en posibilidades y variedades en la forma como para esperar todavía mucho de ellas. Quizás esta nueva versión de la vieja idea que estamos gestando, ligada a una actitud renovadora de las estructuras políticas, sociales y económicas, y no apoyada en la preservación y enaltecimiento de antiguas lacras, llevará por fin a la culminación del ideario de Favela, Ingenieros y Simón Bolívar.